



UN suicida es alguien que no puede estar integrado. Y alguien que culpa a los demás. Pero es también, según los psicoanalistas modernos, alguien que en realidad, en lo más profundo, no desea morir, sino buscar una forma de retorno. Una sociedad suicida sería aquella en la que nadie hace nada concreto para salir de la catástrofe, sino que incluso la aumenta, o la proclama —el "catastrofismo" es otra de las formas del vocabulario de nuestro tiempo— para culpabilizar a los otros: para conseguir que, cuando todo vaya definitivamente mal, y esté en el punto cero de la muerte, se pueda volver a empezar. Empezar puede ser para unos algo tan próximo como volver al franquismo, o volver a la República antes de que fuese asesinada, para otros. Más atrás, en el subconsciente, sería volver a la España que nunca existió, a la España feliz de la retórica política. Un suicidio —en la individualidad, pero también en la colectividad— es una forma última y definitiva de no colaborar, de negar los caminos por los que se le quieren llevar. Porque el suicida, teóricamente, se mata a sí mismo; pero, prácticamente, está matando todo lo demás. Camus identificaba al suicida con el "hombre que dice no", y el hombre que dice no, con el rebelde. El suicidio sería la única libertad; sería, también, la única revolución.

EL problema que se plantea es el de que alguien que se suicida como individuo, como persona, lo sabe; pero alguien que se suicida como parte de una colectividad, de una sociedad o de una nación, ni siquiera lo sabe. Está actuando por una serie de estímulos externos: está creyendo que hace algo positivo, que está afirmando lo que cree válido por la vía de destruir todo lo que no cree válido. En las sociedades sanas —aunque sean pobres, aunque estén en situación de sufrimiento, incluso de martirio— se sabe que todo puede ser válido, que las vías para llegar a algo más son plurales. Una sociedad sana no tiene fanáticos: ni siquiera fanáticos de la libertad.

VAMOS configurando la sociedad española —por encima de autonomías, por encima de partidos, de ideologías, de poderes y de oposiciones— como una sociedad enferma, como una sociedad psicopatológica en la que aparece como una virtud principal la de decir "no". No será fácil sustituirla por una sociedad afirmativa.

LAS bombas de ahora no están diciendo no al turismo, no a la economía de un estado que repudian aquellos que las fabrican y estallan: están diciendo no a una forma de convivencia, de solidaridad, a una manera de enfocar juntos la Historia y sus problemas, incluso de definir cuál es concretamente el enemigo directo, en lugar de buscar el enemigo difuso de todos contra todos. Propio de la desintegración de una sociedad.

O propio de una sociedad que elige el suicidio.

**UMBRAL, VICENT,
CUETO, MONTERO,
SAVATER,**

VAZQUEZ MONTALBÁN...

**LoS
CoNteM
poRa
nEoS**

DIEGO Galán va comprando ejemplares de "Los helechos arborescentes", de Umbral, y los va regalando: que las personas a las que quiere tengan el mismo placer que tuvo él con la lectura del libro profundo y delicado. Me pregunto si un tiempo mediocre como éste tiene derecho a un cronista como Umbral, a cronistas como Vázquez Montalbán, como Manuel Vicent, como Fernando Savater, como Juan Cueto. Hablo de los que, además de estar en el libro, están en los periódicos. Es una generación de admirables cuarentones, a los que me gustaría llamar la generación de TRIUNFO por lo que hicieron aquí, por lo que aún hacen aquí. Irian saliendo, junto a ellos, otros nombres: como el de Rosa Montero, que ahora está sola en un pueblo inglés, escribiendo y tomando el té por las tardes en la Vicaría. Quizá no muchos más, aunque sí alguno más: dejó abierto el círculo para más posibilidades.

Tiene un valor no usual esa generación de los cuarentones: son los maestros de los que les han precedido. No sé qué escuela, no sé qué continuidad o qué iluminación van a tener para quienes les siguen. Los que les siguen parecen poco dispuestos a tener maestros ni escuelas: son generaciones renuentes. Pero los que les hemos precedido tenemos mucho que aprender de ellos: a entender quiénes somos y en qué tiempo vivimos. Nosotros nos hemos quedado un poco perplejos, un poco atónitos: hemos dejado de entender muchas cosas y tenemos ya el viejo calambre del escritor que se paraliza delante de la cuartilla. Nuestros más jóvenes maestros, nuestro Umbral, nuestro Vicent, Cueto, Montero, Savater nos están enseñando a entender algo; nos están dando estímulos literarios, impulsos de seguir sus huellas que hubieran debido ir detrás de nosotros, pero que van muy por delante.

Que no sea una "lost generation". Deberíamos todos hacer como Diego Galán, más que Diego Galán: ponernos en las esquinas como los repartidores de octavillas o panfletos, ir regalando sus libros, los recortes de sus artículos y de sus crónicas; o alzarnos a leerlos en voz alta en las verjas del Retiro, como hacen los oradores del Hyde Park de Londres. Deberíamos ser sus misioneros, propagar sus evangelios. Su recuperación de un idioma que se estaba muriendo, su inspección literaria de este país tan mediocre en el que crecen. Como crecieron, y tiempos y mediocres, y también asesinos, gentes como Quevedo, Francisco de Villalobos, Villarreal o Larra.

Pocas veces ha tenido este país una generación de escritores de periódico y de libro tan rica, tan profunda, tan seria dentro de la profundidad y la seriedad de su humor. Umbral, Vicent, Vázquez Montalbán, Rosa Montero, Juan Cueto Alas: los maestros de sus mayores. ■

POZUELO